

LOS DESPLAZADOS DE UN COMUNIDAD



DIBUJO DE YENIA DUMNOVA

El Congreso de Escritores Latinoamericanos, realizado en México, dio culminación a un viejo proyecto de diversos intelectuales para establecer un organismo asociativo y eficaz para su obra cultural. El antecedente más cercano fue la "Declaración de Génova" en 1965, donde unos cuarenta escritores proponían la realización de un congreso continental en México para constituir la Comunidad Latinoamericana de Escritores; luego, una reunión en Asís, Chile, en 1966, que pretendió abarcar ese proyecto integrándolo en otro más ambicioso, la Comunidad Cultural Latinoamericana, o sea la que reuniera a escritores, músicos, plásticos, etc. en un organismo supranacional común. También en esta ocasión se reunió a México la realización del Congreso Funcional y fue aquí que se instituyó —en marzo de 1967— y se dotó de autoridades a la Comunidad Latinoamericana de Escritores. Serán ellas: Carlos Pellicer, presidente, López Hernández, secretario, y Carlos Soriano y Demetrio Aguilera Mallo, vocales.

Decir si esta culminación ha sido para bien, es otro cantar. Quizás la actitud más prudente consistiera en la expectativa del famoso congreso de la espera que parece obligado abrirle a toda institución nueva para verla actuar, actitud que en algunos casos, —el de quien esto escribe— encubre al pesimismo. Para entenderlo conviene historiar brevemente como en un informe, lo ocurrido en los diez días de trabajo del Congreso, sin olvidarse nunca dos cosas: primero que allí estaban reunidos escritores cuya responsabilidad social se encerraba una y otra vez desde todos los sectores y admitida casi unánimemente como parte de su función específica; segundo, el panorama general de América Latina en esta hora, que se podría definir con una frase, ya famosa, del senador Robert Kennedy: "América Latina vive una revolución". (Vale la pena apuntar que un proyecto de preámbulo de los estatutos de la Comunidad, que presentamos varios escritores —comenzaba con esa frase, la que no fue aceptada por la mayoría de los asambleístas, por considerarla, en palabras del argentino Fermín Estrella Gutiérrez, "panfletaria").

El Congreso reunió unos diez escritores. Decir que faltaban figuras fundamentales —Borges, Neruda, Cortázar, Vargas Llosa— quizás no sirva de mucho visto que los escritores en su disposición de los Congresos y que en cambio estuvieron presentes Asturias, Carpentier, Guimarães Rosa, Arguedas, Manuel Rojas, Benjamín Carrón, José Bianco, Salarrué, Otero Silva. En cambio sí puede lamentarse que la delegación mexicana haya sido tan poca, dado que la reunión se hizo en su país. Fuera de Rulfo, Pellicer, Ossigli y José Revueltas, no se contó con figuras de rango internacional en los debates. La mayoría de los escritores jóvenes se pronunciaron en la prensa con especialidad en el Congreso, hablando en un burocratismo e inoperancia, e incluso varios de los invitados se ausentaron un par de días a sus sesiones y desaparecieron luego. La misma pregunta sobre alguna excepción honrosa, no lo atendió como se precisa.

La tradicional y generosa hospitalidad mexicana —fue la Secretaría de Educación la que sufragó los gastos— en este caso resultó correspondedora de los trabajos específicos. Desplazar el Congreso por diversas ciudades —Guanajuato, Guadalajara, México— pudo ser una ventaja para los participantes de algunas zonas, si no fuera que eso redujo a cuatro las sesiones plenarias y a poco más las reuniones de comisiones de tal modo que muchos asuntos fueron considerados sin el necesario examen. Este desplazamiento complicó además la parte organizativa del Consejo, por lo cual nunca se reunió con una lista correcta de participantes ni con los suficientes datos de los participantes, a pesar de que con frecuencia llegaron al plenario desconocidos por la mayoría de los asambleístas.

Las elecciones se hicieron con un afán de representación: casi laxativa, desempolvando figuras que nada significan en la actual si-

tución del continente. Resultó insólito que hubiera sido invitado Gerardo Arciniegas —que no concurre— ya que cuando hasta los norteamericanos lo han sustituido al frente de la revista literaria que financian para América Latina resultaba sorprendente que fueran latinoamericanos quienes apelarán a él. De ahí que volvieran a resonar algunas fórmulas retóricas que creíamos muertas y que se hiciera más visible la diferencia generacional en el modo de enfocar los problemas: un estilo palabrero, eufemístico, diplomático, acomodaticio, y un estilo conciso, claro, directo de plantear las cuestiones.

La sesión más publicitada del Congreso ocurrió en Guanajuato y quien la informó a nombre de una docena de participantes, entre los cuales los cubanos, fue Mario Benedetti. Según sus términos una "comunidad" significa un conjunto de principios compartidos, no exclusivamente de tipo profesional, sino ideológico. Vista la composición del Congreso y el encuentro en sí mismo de anti-imperialistas y pro-imperialistas, los firmantes de la declaración señalaban su resolución de abstenerse en el punto correspondiente a la fundación de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, pero participando en los demás asuntos del temario. Le contestó, de modo improvisado, Asturias, apelando a un slogan que sería conveniente poner en su cuenta, el "diálogo", ya que a esta altura surge cada vez que hay que encubrir una situación escabridada. Sobre todo porque no se creble que dados sus antecedentes, Asturias pueda entender por esa palabra una tarea en común con los ejóyos latinoamericanos, que también los hay entre los escritores.

A esta fecha el Congreso debatía con ardor cuestiones políticas más que literarias, lo que es un síntoma del panorama general del continente. En ese campo la retórica resultaba más decidida y las definiciones estereotípicas ayudaban a desinflar. La sesión inmediata corrió a cargo de uno de los integrantes de la Comisión Organizadora, el novelista José Revueltas. Cuando oyó a Mario Monteforte Toledo, que hacía la defensa de los Estatutos de la Comunidad, afirmar que dentro de ella cabría la izquierda latinoamericana "y la derecha limpia", interrumpió para afirmar ante el plenario que eso le probaba que la Comunidad no debería existir y que por lo tanto adelantaba su voto en contra.

Por último otro sector de escritores coincidentes con el planteamiento de que la Comunidad debería ser expresión de una actitud ideológica coherente, y que ella implicaba ciertas posiciones sociales y políticas, pero que en vez de abstenerse debía pelearse por una definición, presentaron un proyecto de preámbulo (que firmaron, entre otros, Arguedas, Rulfo, Ibañez, Onetti, Rama) proponiendo como condición para integrar la Comunidad el apoyo del escritor a la revolución latinoamericana, a la lucha contra las oligarquías locales y contra el imperialismo norteamericano. Sólo una parte de este documento fue aceptada por la asamblea que tercamente se opuso a incluir la fórmula "imperialismo norteamericano" prefiriendo las expresiones contradictorias generales, por ejemplo del "saivavir in modo" que frecuentemente concluye en el "saivavir in te".

Esto no impidió, y es la parte más positiva del encuentro, que el plenario aprobara una sendiente condena de la guerra del Vietnam instando telegráficamente a las autoridades norteamericanas a cesar sus bombardeos al Vietnam Norte, que se aprobó una moción, contra el bloqueo a Cuba, que se condenara la violación de las autonomías universitarias en Argentina, Brasil, Colombia y Venezuela, que se denunciara los planes "Carnegie", "Simpático", etc., de infiltración cultural norteamericana, etc. En la parte declarativa del Congreso éste se atrevió a una tema de posiciones más. Era curioso que, tratándose de escritores, no reflexionaran en las verdaderas raíces de esas diversas llagas del mundo y no reconocieran que la lucha contra ellas lleva finalmente a la adopción de actitudes de fondo en el campo de la realidad socio-económica de nuestro continente. No se discutió la cultura y la obra de los escritores, ni éstos hallaron al fin la situación óptima de comunicación plena con sus pueblos, si éstos continúan en el subdesarrollo, en el analfabetismo.

Desde luego es útil una organización de escritores dedicada a asuntos exclusivamente profesionales (derechos de autor, instrucciones, etc.) pero es ese un campo que en una época cubrieron los PEN (Club sin que se observara mucha vitalidad en la situación del escritor. Se pueden encontrar soluciones para los pequeños problemas de cada día con simples reuniones. Cuando es el trabajo entero el que se desahalla, resultan a la postre estériles veos.